



(**CARLOS MARTÍ ROY***, 19/12/2017) | En el anuncio de su nacimiento, podemos vislumbrar que alguien muy diferente a nosotros mismos nos visita, irrumpe con fuerza desde su niñez en la historia de la humanidad, para de una forma humilde e igual intervenir a favor de ésta.

Hablamos del niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre, señal para aquellos pastores que velaban para cuidar sus rebaños, visitados por un ángel del Señor, les dice **“os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es el Mesías, el Señor”**.

Alguien ha nacido rompiendo la inercia de nuestro egoísmo exclusivista, ha nacido para otros, el anuncio de su nacimiento ya nos indica que ese niño había nacido para ser la mejor noticia a todo un pueblo, para dar esperanza, consuelo y alegría a toda la humanidad.

Ese niño, cuyo nombre iba a ser Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto sucedió para cumplimiento de lo que había sido dicho por los profetas antiguos: “y dará a luz un hijo, a quien llamarán Emmanuel”, que significa “Dios con nosotros”.

Ese niño, atrajo y sedujo aquellos sabios de Oriente, quienes al verlo le reconocieron como un rey y le ofrecieron incienso, oro y mirra.

Aquel niño trastornó el corazón de un rey, el cual inquiriendo sobre su nacimiento ordenó, víctima del miedo a perder su poder terrenal y temporal, la matanza de aquellos inocentes.

Ese niño era Dios, sin lugar a ninguna duda. El cristianismo es la única religión basada en su fundador, pero, además, es la única religión que reconoce a un Dios trascendente, que hizo el

cielo y la tierra, que nada de lo que ha sido hecho pudo ser hecho sin Él, pero en su amor se hizo cercano a nosotros, ¡más que cercano!, se mudó a nuestro mundo, haciéndose como uno de nosotros, participando de carne y sangre. En su condición de hombre asumió el estatus de siervo y llevó una vida justa hasta llegar a morir en obediencia, sufrió el rechazo desde niño, teniendo como cuna un pesebre y como habitación un establo. Un Dios solidario con los que sufren el rechazo, con aquellos que son invisibles en nuestra acomodada sociedad moderna occidental, con aquellos que no son tenidos en cuenta, despreciados y excluidos.



Carlos Martí , pastor evangélico

Ese niño Dios, se hizo un igual a nosotros, puso su tienda entre nosotros, participó de nuestra realidad para compartir con nosotros su divina naturaleza.

Ese niño Dios, nos recuerda lo importante que es el otro para nosotros, que no hay un nosotros completo sin otro; no me refiero al mismo, sino al diferente, al que no piensa como nosotros, al que es distinto a nosotros mismos pero un igual a nosotros. Y la igualdad no es mismidad, es precisamente el encuentro de dos distintos en un marco de convivencia igual para ambos, mismos derechos, obligaciones, oportunidades y recompensas. Y es que los cristianos reconocemos en el otro, la misma imagen y semejanza con la que Dios nos creó a todos, sin distinciones, libres del dominio de unos sobre otros, iguales ante Él, en un diálogo y comunión voluntaria y significativa, en una escucha enriquecedora, en una confianza plena en aquel que

hizo posible esta fiesta de amor y reconciliación.

Aquel niño de la Navidad que era, ni más ni menos, Dios visitando este mundo para transformarlo y restaurarlo; para hacer que esta fiesta de amor, fraternidad, libertad e igualdad, que representa la Navidad, sea cada día posible en el corazón de cada uno de nosotros. ¡Bienvenido Dios a nuestra vida! Feliz Navidad.

Autor: **Carlos Martí Roy**, Diciembre 2017. El autor es pastor evangélico de la Iglesia Comunidad Cristiana El Camino, de Alcalá de Henares (Madrid).

© 2017- *Nota de Redacción: Las opiniones de los autores son estrictamente personales y no representan necesariamente la opinión o la línea editorial de Actualidad Evangélica.*

La Reforma protestante y la creación de los estados modernos europeos, 1

Humanismo y Renacimiento

Máximo García Ruiz

La creación de los estados modernos europeos, tal y como los conocemos hoy en día, no hubiera sido posible sin la existencia de la Reforma protestante y su correlato, el Concilio de Trento, tal y como veremos más adelante.

De igual forma, la Reforma no hubiera podido tener lugar, en su inmediatez histórica, sin la

existencia del Humanismo y su manifestación artística y científica conocida como *Renacimiento*. Ahora bien, para poder centrar el tema, tenemos que remontarnos a la era anterior, la Edad Media, y poner nuestra mirada inicial, como punto de partida, en la Escolástica, el sistema educativo, el sistema teológico que identifica ese período, así como en el Feudalismo como forma de gobierno y estructuración social.

Para el **escolasticismo** la educación estaba reservada a sectores muy reducidos de la población, sometida a un estricto control de parte de la Iglesia. A esto hay que añadir que el sistema social estaba subordinado, a su vez, al ilimitado y caprichoso poder de los

señores feudales

bajo el paraguas de la

Iglesia

medieval

que no sólo controlaba la cultura, sino que sometía las voluntades de los siervos, que no ciudadanos, amparada por un régimen considerado sagrado, en el que sus representantes actuaban en el nombre de Dios.

La Escolástica se desarrolla sometida a un rígido principio de autoridad, siendo la Biblia, a la que paradójicamente muy pocos tienen acceso, la principal fuente de conocimiento, siempre bajo el riguroso control de la jerarquía eclesiástica. En estas circunstancias, la razón ha de amoldarse a la fe y la fe es gestionada y administrada por la casta sacerdotal.

En ese largo período que conocemos como **Edad Media**, en especial en su último tramo, se producirían algunos hechos altamente significativos, como la invención de la imprenta (1440) o el descubrimiento de América (1492), que tendrán una enorme repercusión en ámbitos tan diferentes como la cultura, las ciencias naturales y la economía. En el terreno religioso, la escandalosa corrupción de la Iglesia medieval llegó a tales extremos que fueron varios los pre-reformadores que intentaron una reforma antes del siglo XVI: John Wycliffe (1320-1384), Jan Hus (1369-1415), Girolamo Savonarola (1452-1498), o el predecesor de todos ellos, Francisco de Asís (1181/2-1226) y otros más en diferentes partes de Europa. Todos ellos, salvo Francisco de Asís, que fue asimilado por la Iglesia, tuvieron un final dramático, sin que ninguno de esos movimientos de protesta, no siempre ajustados por acciones realmente evangélicas, consiguiera mover a la Iglesia hacia posturas de cambio o reforma.

No era el momento. No se daban los elementos necesarios para que germinaran las proclamas de estos aguerridos profetas, cuya voz quedó ahogada en sangre. El pueblo estaba sometido al poder y atemorizado por las supersticiones medievales; las élites eran ignorantes y no estaban preparadas para secundar a esos líderes que, como Juan el Bautista, terminaron clamando en el desierto, a pesar de que su mensaje, como las melodías del flautista de Hamelin, consiguiera arrastrar tras de sí algunos centenares o miles de personas. ¿Cuál fue la diferencia en lo que a Lutero se refiere? La respuesta, aparte de invocar aspectos trascendentes conectados con la fe de los creyentes es, desde el punto de vista histórico, sencilla y, a la vez, complicada; hay que buscarla, entre otras muchas circunstancias históricas, en el papel y en la influencia que ejercieron el **Humanismo** y el **Renacimiento**. Existen otros factores, sin duda, pero nos centraremos en estos dos.

Identificamos como Humanismo, al movimiento producido desde finales del siglo XIV que sigue con fuerza durante el XV y se proyecta al XVI, que impulsa una reforma cultural y educativa como respuesta a la Escolástica, que continuaba siendo considerada como la línea de pensamiento oficial de la Iglesia y, por consiguiente, de las instituciones políticas y sociales de la época. Mientras que para la educación escolástica las materias de estudio se circunscribían básicamente a la medicina, el derecho y la teología, los humanistas se interesan vivamente por la poesía, la literatura en general (gramática, retórica, historia) y la filosofía, es decir, las humanidades. Con ello se descubre una nueva filosofía de la vida, recuperando como objetivo central la dignidad de la persona. El hombre pasa a ser el centro y medida de todas las cosas.

La corriente humanista da origen a la formación del espíritu del Renacimiento, produciendo personajes tan relevantes como, Petrarca (1304-1374) o Bocaccio (1313-1375), Nebrija (1441-1522), Erasmo (1466-1536), Maquiavelo (1469-1527), Copérnico (1473-1543), Miguel Ángel (1475-1564), Tomás Moro (1478-1535), Rafael (1483-1520), Lutero (1483-1546), Cervantes (1547-1616), Bacon (1561-1626), Shakespeare (1564-1616), sin olvidar la influencia que sobre ellos pudieron tener sus predecesores, Dante (1265-1321), Giotto (1266-1337), y algunos otros pensadores de la época. Estos y tantos otros humanistas, unos desde la literatura, otros desde la filosofía, algunos desde la teología y otros desde el arte y las ciencias, contribuyeron al cambio de paradigma filosófico, teológico y social, haciendo posible el tránsito desde la Edad Media a la Edad Contemporánea, período de la historia que algunos circunscriben al transcurrido desde el descubrimiento de América (1492) a la Revolución Francesa (1789).

El Renacimiento se identifica por dar paso a un hombre libre, creador de sí mismo, con gran autonomía de la religión que pretende mantener el monopolio de Dios y el destino de los seres humanos. El Humanismo y el Renacimiento se superponen, si bien mientras el Humanismo se identifica específicamente, como ya hemos apuntado, con la cultura, el Renacimiento lo hace con el arte, la ciencia, y la capacidad creadora del hombre. El Renacimiento hace referencia a la civilización en su conjunto.

En resumen, el Humanismo es una corriente filosófica y cultural que sirve de caldo de cultivo al Renacimiento, que surge como fruto de las ideas desarrolladas por los pensadores humanistas, que se nutren a su vez de las fuentes clásicas tanto griegas como romanas. Marca el final de la Edad Media y sustituye el teocentrismo por el antropocentrismo, contribuyendo a crear las condiciones necesarias para la formación de los estados europeos modernos. Una época de tránsito en la que desaparece el feudalismo y surge la burguesía y la afirmación del capitalismo, dando paso a una sociedad europea con nuevos valores.

Visto lo que antecede, estamos en condiciones de juzgar la influencia que este cambio de ciclo histórico pudo tener en la Reforma promovida por Lutero en primera instancia, secundada por Zwinglio, Calvino, y otros reformadores del siglo XVI, y valorar de qué forma estos cambios contribuyeron a la formación de los modernos estados europeos.

Pero éste será tema de una segundán entrega.

